

LOS RETOS DE UNA AGENDA FEMINISTA INCLUSIVA

Justa Montero

¿Una nueva ola feminista?

En estos últimos años el feminismo ha irrumpido con una fuerza, como nunca antes habíamos conseguido, en todos los espacios, los públicos y los privados, desde las casas y las calles a las instituciones. La masiva, transversal, y por tanto intergeneracional respuesta a las convocatorias de las Comisiones Feministas del 8 de Marzo de huelgas feministas son la manifestación contundente e incontestable de esta realidad.

¿Representa una cuarta ola feminista?

Existe controversia sobre el contenido a atribuir a cada “ola”, incluso sobre su utilidad como forma de clasificar los distintos recorridos por los que ha ido transitando el movimiento. Por ejemplo, es distinta la clasificación según se hable desde Europa o Norteamérica; también se cuestiona desde feminismos decoloniales por ser una clasificación marcada desde un determinado pensamiento; también surgen inconvenientes por responder a una visión académica que no siempre acompaña a la complejidad de lo que establecen las movilizaciones feministas, es decir que no tiene en cuenta que el activismo feminista, muy aterrizado en la realidad, también da significados a los distintos momentos del feminismo, desde perspectivas amplias que no lo reducen a un solo motivo.

Por ejemplo, si nos atenemos a las clasificaciones generales de las olas, se invisibiliza el pensamiento que generó un feminismo crítico, radical y transformador, en el contexto político y social que supuso el periodo de la transición, que enlaza con el feminismo transformador actual, y que nada tiene que ver con el liberal que marca una de las olas norteamericanas.

Pero si hubiera que definir el momento actual como parte de lo que podría ser una “cuarta ola”, sería por lo que introduce de nuevo respecto a momentos anteriores. En concreto por ser un movimiento que responde a los procesos de desposesión de las mujeres, poniendo en el centro las condiciones materiales e inmateriales de vida (desde las violencias machistas, los derechos sexuales y reproductivos, la reproducción social, las demandas de las personas trans, la precariedad, la vivienda, las fronteras, el racismo, la lgtbifobia y el ataque a los recursos naturales); un feminismo que pone el foco en las distintas formas en que todo esto atraviesa nuestras vidas; que establece la conexión entre unas y otras, entre las distintas luchas; y que apunta a un proyecto transformador de la sociedad, que ineludiblemente lleva a una fuerte crítica al capitalismo y se declara también antirracista, ecologista y antiheteronormativo.

Una segunda característica es que parte de una idea de un sujeto feminista abierto y plural que se ha expresado, con conflictos y tensiones por resolver, en las huelgas feministas.

Hoy podemos hablar de esto con más claridad por tener un potente referente en los procesos y movilizaciones de estos dos últimos años. Obviamente nada

surge como un champiñón, bebe de la genealogía feminista, de sus luchas, prácticas y pensamiento. Pero las convocatorias de huelga feminista a nivel internacional y de las Comisiones Feministas del 8 de Marzo acá, han dado visibilidad y expresión política a esta “nueva ola”, y ese acierto ha permitido expresar la revuelta y nuestro hartazgo por las muchas manifestaciones de opresión patriarcal que vivimos,

El sujeto del feminismo: un reto para la agenda feminista

Uno de los retos para hablar de la agenda feminista es acordar desde qué voces se establece esa agenda. Supone interrogar sobre quiénes articulan y protagonizan la contestación y la propuesta, en definitiva responder a la pregunta ¿quién es el sujeto del feminismo?

En esto también este feminismo de la “cuarta ola” supone un cambio respecto a momentos anteriores. Recoge lo que ya era una realidad en muchas prácticas y luchas feministas, y habla de un sujeto abierto y amplio. Parte de la diversidad de las mujeres, de las distintas formas en que estamos situadas en las jerarquías sociales que atraviesan nuestra condición de mujeres, en función también de la clase, raza, identidad de género, opción sexual, edad, y cómo interactúan entre ellas. Y habla de distintas identidades sexuales, de clase, raciales, de identidades fronterizas como señala Gloria Anzaldúa.

En nuestra historia reciente se partía de un sujeto, las mujeres, como colectivo muy homogéneo frente a la negación absoluta de derechos que representó la Dictadura. Pero hace tiempo que en el Estado español se señalaron las diferencias de clase, que las feministas lesbianas y transexuales criticaron la heteronormatividad como eje regulador de la sociedad y cuestionaron el discurso feminista hegemónico por heterosexista. Y más recientemente ha sido contundente la crítica de feministas migrantes y racializadas por no sentirse representadas en un feminismo hegemónico blanco.

La diversidad de las mujeres (cis, lesbianas, trans, y lo resalto porque es el motivo de debate con algunos feminismos) es una realidad y su reflejo en la agenda y las voces del feminismo también. Explica, entre otras cosas, la profundidad social de la contestación feminista, su masividad y transversalidad, y desde luego es un requisito para una agenda inclusiva de cambio de las condiciones de vida del 99% de las mujeres, del “derechos para todas, pero todas, todas” que gritamos en las manifestaciones.

La realidad muestra que abrir el sujeto no debilita, al contrario, es una pre-condición para entender las, a veces, complejas manifestaciones del patriarcado, cómo se forman nuestras distintas subjetividades, cómo es la realidad de nuestras vidas diversas y el por qué de nuestras respuestas. En definitiva, es la mejor forma de enfrentar al patriarcado y conseguir vidas dignas para todas.

La interseccionalidad ha sido una herramienta teórica muy útil para entender la dimensión política transformadora de la diversidad de las mujeres. Señala la

relación entre los diversos modos de opresión, patriarcal, capitalista, colonial, con las estructuras sociales y con las relaciones de poder que generan, a lo que desde el ecofeminismo se añade su relación con los procesos de explotación de los recursos y el medio ambiente.

Por tanto no hay un sujeto universal abstracto del feminismo, lo forman mujeres lesbianas, cis, las mujeres que el sistema excluye y criminaliza, las que sufren las nuevas formas de explotación, las trabajadoras del sexo que están organizadas, las mujeres racializadas, migrantes, las trans, las precarias, las trabajadoras de cuidados, las que lo hacen en el ámbito productivo, las jóvenes y las pensionistas, las mujeres que luchan por la vivienda, y así podríamos seguir con todas las que protagonizan los conflictos sociales.

Una agenda inclusiva tiene el reto de partir de la diversidad, no para establecer una suma de identidades particulares, ni una jerarquías de opresiones (¡a estas alturas!), sino para recoger cómo operan en cada momento en las condiciones materiales de vida y en nuestra subjetividad, la pertenencia a esas jerarquías sociales, si no ¿cómo avanzar en construir un “nosotras” que no invisibilice a ninguna y del que todas nos sintamos parte?. La situación de las temporeras de la fresa de Huelva, atravesadas por su condición de mujeres, trabajadoras, “migrantes” y marroquí, víctimas de la explotación, la violencia sexual y el racismo es un claro ejemplo de lo que hablamos.

Obviamente esta visión de la diversidad nada tiene que ver con la lógica del individualismo neoliberal en su búsqueda de nuevos nichos de mercado haciendo del feminismo una moda.

No considerar el alcance político de la diversidad plantea muchos problemas: es hacer a la mujer heterosexual, blanca, de clase media, es decir a las mujeres en situación de privilegio, el sujeto de la contestación feminista, excluyendo las necesidades y exigencias de quienes no forman parte de ese grupo. Y favorece los procesos de victimización en los que se encierra a muchas mujeres desde un feminismo que acaba auto-otorgándose su representación.

Como conclusión, la diversidad y la perspectiva interseccional es lo que está dando un significado más global a la propuesta política feminista, y explica el profundo impacto social de la movilización y propuesta.

Apuntes para una agenda feminista

La agenda feminista no es algo dado, no es un catálogo pre-establecido inmutable y fijo. Se trata de ver cómo articulamos una acción y discurso que nos permita enfrentarnos a los ataques del sistema, a la forma de actuar del patriarcado y el capitalismo racializado en el actual contexto neoliberal, y así identificar los temas centrales de la agenda feminista y la lógica en la que se inscriben las luchas para conseguir cambios. Como plantean las feministas argentinas, se trata de dibujar el mapa de los conflictos.

No voy a presentar una relación de temas y reivindicaciones, algo que se hace de forma colectiva en los grupos feministas y que encontramos en los “Argumentarios” del 8 de marzo. No hablaré de las violencias machistas, ni de la trata de mujeres con fines de explotación sexual y de explotación laboral, ni de derechos sexuales y reproductivos. Sólo señalaré algunos otros conflictos que plantea este neoliberalismo y que ampliarían o complejizarían la agenda feminista.

Son los efectos de la profundización de las desigualdades de un sistema puesto al servicio de las necesidades del mercado y no del bienestar de las personas, que desposee a las mujeres, de forma muy particular, de recursos, de tiempo, de vida. También son los efectos de una división sexual del trabajo que recrudece la desigualdad en el trabajo asalariado, y que al hacer a las mujeres gestoras de los hogares y los cuidados las convierte en las primeras afectadas por la expulsión de las viviendas, por la pobreza energética, por la privatización de la sanidad. Que, por la forma como se está resolviendo la crisis de la reproducción social con la privatización del trabajo de cuidados en el marco de las familias, vivimos un aumento de la carga de trabajo y el deterioro de las condiciones de trabajo de quienes los realizan (desde las mujeres en los hogares, las trabajadoras de hogar a las de los servicios sociales). Mientras, las exigencias de cambio de paradigma económico, de corresponsabilidad social de los hombres y del Estado en el trabajo de cuidados sigue sin dar resultados.

El neoliberalismo patriarcal también supone el reforzamiento del Estado autoritario que necesita mayor violencia institucional para imponer la salida a su propia crisis, e impone leyes mordaza, CIEs y leyes de extranjería. Y es también esa lógica la que hace que se plantee como salida a las violencias machistas la vía punitivista en detrimento de la prevención de las políticas concretas de educación sexual, y otras exigencias del movimiento feminista. Por otro lado, el refuerzo de la lógica “securitaria” frente a la inseguridad que el propio sistema genera requiere, cada vez más, junto con la mercantilización de cada vez más aspectos de la vida, el disciplinamiento social y la moralización de la vida y cuerpos de las mujeres, de su sexualidad, volviendo a establecer una distinción entre las buenas y malas mujeres.

Por último, las huelgas feministas han visibilizado un nuevo internacionalismo feminista, tejido sobre prácticas feministas transnacionales, por el que compartimos el dolor y la revuelta contra los asesinatos de mujeres, las violaciones o la negación del derecho al aborto, del derecho de las mujeres a decidir. Pero además es un internacionalismo que pone en la agenda la relación las políticas del Norte global con las del Sur global, esas que explican las cadenas globales de los cuidados o el efecto de las empresas extractivistas en la vida de las mujeres defensoras de derechos humanos, feministas, medioambientales y de sus pueblos; las políticas del Norte global en la apropiación de recursos que son la causa del empobrecimiento y de guerras que llevan a muchas mujeres a migrar, y muchas veces a morir, a acabar en los CIEs, y a sufrir el racismo social e institucional en aplicación de leyes de extranjería. Y es un internacionalismo que rechaza las trampas para, en nombre de la defensa de los derechos de las mujeres, tratar de justificar

políticas militaristas, invasiones a países, políticas antimigración e islamofóbicas.

Un internacionalismo que aúna las resistencias feministas a una extrema derecha que se presenta como la solución a la crisis del propio sistema genera, tratando de imponer una salida ultraliberal y ultrapatriarcal con los terribles efectos conocidos para nosotras. Por eso los intentos de descalificar y deslegitimar el feminismo y su resistencia al proyecto capitalista patriarcal estarán a la orden del día.

Todo esto se traduce en exigencias urgentes de políticas públicas de ámbito local, estatal e internacional; de recursos; de cambios también en las relaciones, en las actitudes, en el ámbito de lo simbólico y también de lo comunitario.

Lo planteados no son meras disfunciones a corregir sino se trata de disfunciones sistémicas que exigen también cambios estructurales. Hoy el feminismo está articulando luchas desde reivindicaciones muy concretas, y también poniendo sobre la mesa una propuesta global, un proyecto colectivo y un nuevo sentido común que impugna al que rige la lógica patriarcal, capitalista y neoliberal.